



Creación & Crítica

j. edgardo rivera martínez amaru

Surjo de la sombra, lentamente. Mi faz se adelanta hacia mi faz. Pupilas grises. Pálido fulgor en un rostro ausente. He surgido así, cien veces, sin detenerme a escrutar lo inescrutable. Mas ahora me detengo. Miro, atentamente. La línea de los labios. El doble arco de los ojos. Los metálicos reflejos. ¿Qué subyace tras lo inmóvil? Poco a poco vuelve el azogue a su vacío. Abandonar la loggia. Descender, anillo tras anillo. Así, pausadamente. Dirigirme luego a la ventana. Avizorar. Catedral del Cuzco: infinitud exacta. Alejarme, ahora. Ir hacia el estudio. Bordear los muros. Recogerme, en fin. Sombra soy, en la tiniebla. Sombra, mas arde en mí un cierto fuego. Llama cuyo fin es inminente. Lo sabes, sierpe, y en la espera, rememoras. Sumas los instantes, uno a uno. Lo pensado y lo vivido. ¿Exorcismo? ¿Sueño? Abandonarme, en todo caso. Librarme a la palabra. A su floración, a su ritmo, a su certeza. Erguirme, además, como alta espiga. Y aguardar. ¿Oyes? Suenan los golpes cadenciosos. Angola, Catedral de siglos. Hora es de madrugada. Hora la más leve para el exitus. Piensas, y tu frente se inclina. Contemplas el grafismo inalterable. Allí, ante tus ojos. Tu obra, ofidio. Summa de raíz y de integrales. Música, notación en que se cifra tu existencia. Alzas los ojos, luego. Desierto aposento en que has morado. Mas se eleva, en el centro, agosto, el facistol de plata. Sólo él anuncio de sonido. Sólo él verbo, canto. Como yo, soliloquio. ¿De dónde procede? ¿Cuál su historia? Junto a él he

velado, noches sin término. Viajero absorto en abstracta geografía. Gobernando con firmeza el pensamiento y controlando toda irrupción de lo sensible. A su sombra, evoco ahora. Evoco las noches de aquel tiempo. No sonaba, entonces, ni un rumor. No se oía ni el latido de mis arcos. Se escuchaba sólo, en su hermetismo, esa música que he creado. Cuán extraña se vería, tu figura, sierpe. Solitaria. Rodeada por arabescos y volutas. Como yo, sierpes. Mas no sibilantes. No sorbiendo en el silencio su salmodia. Concentrábase, tu expresión. ¿Ojos, realmente? ¿Y lengua, aletas, cuello? Así, noche a noche, desde aquel comienzo. Desde esa hora remota y cristalina. ¿Recuerdas? En la nada en el silencio, se inscribieron los sonidos. La frase primigenia. Con ellos, emergiste. Emanación, también tú, de la soledad y de la ruina. Irradiación en que fulgía, naciente, una conciencia. Tu lucidez, amigo. El ardor que te consume. ¿Postrer destello de un mundo fenecido? Acaso. Reconociste el lugar. Observaste los garfios de tus garras. Esplendieron, en lo oscuro, tus metales. Oíste, una vez más, la resonancia de esa frase. El silencio subsiguiente. Ascendiste, después, a la loggia. A la vasta noche del Cuzco. No experimentabas ni temor ni asombro. Esa delicia de ser, y la percepción tranquila de tus dones; nada más. Te detuviste, un instante, frente al espejo. Recorriste las estancias. Viniste aquí, en fin. Aún se exhalaba de tu cuerpo aquel claror violáceo. Reposaste, en calma. Meditaste en cómo habías nacido, así, de la nada y del silencio. Reflexionaste sobre ese don de pensamiento y de palabra, y en la apariencia que habías asumido. Confiaste en ti, sierpe. Sabías que te antecedían decenios y centurias de latencia. Y fue entonces, luego, que tus garfios se posaron sobre el papel blanquísimo. Trascibiste lo escuchado. Cuán bella y fina tu escritura. Cuán exacto tu recuerdo de lo oído. Y lo oído, sierpe, en el momento mismo en que emergías. ¿Cómo no sentir orgullo por todo ello? Y sabías que aquél sólo era el principio. Advendría más tarde un curso que se alimentaría sin pausa de sí mismo, y tornaría, siempre, a su comienzo. Confiaste, digo. En tu lucidez, en tu rigor. Y, sin embargo, te turbó una inquietud. La seguridad de que con aquel gesto habías convocado fuerzas elementales y antiquisimas. Apartaste, tus yemas. Ese extremo raptor e inexorable, mas también tan sensitivo. Llegó al alba. Difusa claridad más allá de las celosías. Tornaste a tu penumbra. Es decir, erraste, crepuscular, por el inhabitado espacio que era en adelante tuyo. Afiebrado, en delirio, mas, de algún modo, vigilante, como había de ser en todo aquel invierno. Fue así, serpiente. No puedes reprimir una cierta nostalgia al recordarlo. Y las palabras, por ello, se hacen más distintas, más audibles, en mis labios. Extraño soliloquio. Recuento sin mañana, sin oyentes, y que se apagará conmigo. Amada sierpe que soy yo mismo. Mas volvamos a esos días. Nos llegaba, a veces, un tenue rumor de trigo y de majadas. Un cierto brillo de la nieve sobre el ichu. Tan lejano, todo. Te decías: "Sería tan hermoso..." Pero tornabas pronto a ese tiempo tuyo, que fluía como lava. Errar, ofidio, en doble ronda. No franquear jamás las puertas. No trasponer los muros. No abandonar, para nada, el pa-

lacio clausurado. Desplazarme, nomás, cual ingrave metaloide. Detenerme, apenas, al retorno de ese aviso. Angola. Entrever, alguna vez, por los balcones. Así, hasta la noche. Y entonces, nuevamente, regresar al atril litúrgico. Se encendía esa candela en tus pupilas. Considerabas, un espacio, la blancura de las hojas. Reiniciabas el trabajo. En quietud, a la sola luz, purpúrea, que se irradiaba de tus ojos. Los signos se sucedían a los signos. No música, en verdad, sino matemática. Teoría que se elevaba, como un árbol, de la simiente original. Variaciones que a su vez se convertían en temas secundarios. Claves, nervaduras. Ecuaciones. Así crecía, abstracta y pura, esa corriente. Nuevo y atonal arte de la fuga. Transcurrieron las semanas, hasta el solsticio. Hasta la noche aquella. Encendiéronse fogatas incontables. En la pampa, en las faldas, en las cimas. Su color se transmitía a tus sensores. Se estremecieron tus anillos. Y se hizo, de pronto, un vacío. Un hondo e inmóvil vacío. Sonó entonces, súbito, un rumor apagado y altísimo. En los montes, y en los estratos más ocultos de la tierra. Altísimo, en su frecuencia, y, sin embargo, sordo, grave. Audible en verdad sólo a tus oídos, y a los del ave, del felino. Se escuchó, un momento, y cesó luego. Se hizo otro vacío. Dejaste el atril. Pulsaban, tensas, las venas de tus arcos. Alta columna, ígnea, había alumbrado en la estancia. Fuiste a la ventana. Miraste hacia las sombras. Te invadió una plenitud desconocida. Sí, aquel rumor había sido, en verdad, canto del fuego. Himno de los bosques abrasados, de las cumbres heridas por el rayo, del líquido fragor de los volcanes. Solsticio. Y celebración de guerra y de victoria. Avizoraste. Amanecía ya cuando volviste a tu retiro. No había sido, pues, inmotivado, aquel turbamiento del principio. La frase inicial comportaba todo un llamado. Y una voz antigua, primordial, había respondido. Y, con ella, se alteraba irreversiblemente el curso que habías imaginado inquebrantable. Tu obra, sierpe. No sería ya más realización solitaria. No más incólume teoría. En adelante, y ante todo, rito, dialéctica, misterio. Pureza herreroana enfrentada a lo viviente. Florecimiento primigenio que se enlazaba a la geométrica estructura que tu esfuerzo transcribía. ¿Por qué causa? ¿Con qué designio? Estudiaste lo avanzado. Quizás se anunciaba ya, esa alternancia, en los compases iniciales. Y ello, sin que tú lo hubieras advertido. Sí, así debía de ser. Proseguiste, pues, y anotaste, mediante nuevos signos, esa respuesta. Su cadencia, al menos, y su tempo, sus voces esenciales. Subiste luego a la loggia. No, no te detuviste a observar tu rostro. Me nombré, solamente. Me nombré: "Amaru". Sí, Amaru. Gárgola y amaru. Descendí, pensativo. Era ya muy alto el día cuando me hundi, otra vez, en mi errático decurso. Día tal vez el más largo de cuantos he vivido. Sueño de sueños inacabables y angustiosos. Y al anochecer, al tornar ante el atril, me incliné, como se inclinaria un oficiante. Te inclinaste, sierpe. Contemplaste lo cifrado. ¿Recitativo contrapuesto a un tema y variaciones? ¿Oratorio y concertante? ¿Poema sinfónico? Sonreíste. Está allí tu obra. Cerradas sus páginas. No las precede ningún título. ¿Para qué? No será jamás interpretada. Nadie sabrá de ella. Sólo virtua-

lidad habrá sido. Inviolada. Conmigo se extinguirá su firmamento. Y nadie, sino tú, sierpe, oyó la voz aquella del solsticio. El cenozoico sentido que en ti perdura. El mismo que hoy, muy temprano, te ha anunciado el aguacero. La lluvia que pondrá fin a todo. Y, aun en este instante, se reitera, atenuado, aquel anuncio. Lluvia de Septiembre. Goteará sobre las lajas. Se escurrirá por las juntas. Impregnará celosías y balcones. No habrá aquí ya nadie, cuando concluya. Alza pues, Amaru, el rostro. Tu rostro ofídico. Habla. Interroga. Reconstruye. Di si no ha sido hermoso. Si no ha valido surgir así del polvo. Sierpe avanzando hacia otra sierpe. Y entonces, en definitiva, Amaru. Y pensar que nadie supo de ti nunca. Que nadie sospechó jamás tal morador en el palacio abandonado. Continuaba allá la vida, extramuros, mientras acá se invertía, en cierto modo, el tiempo. Inconcebible resurgencia de lo extinto. Y nadie sabe, tampoco, de la prolongada liturgia que hoy concluye. ¿Orgullo, sierpe? ¿Orgullo, en esta hora extrema? Acaso. Mas volvamos a esos días. A ese período que espiraba. Recordar ¿no es eso lo que toca? Vivías en quietud tu tiempo. El tuyo, dual, y el tiempo absoluto de tu obra. Y de algún modo, además, el tiempo exterior, escandido por los golpes de la Angola. Te asomabas, a veces, por la loggia. A una hora muy temprana. Contemplabas la granítica fachada. Te decías: "Tú también eres cielo, metal y roca. Gravedad imperturbable". Y una sombra de sonrisa acudía a tus labios. Aguardabas, luego, ese claror que revestía, poco a poco, imafrente y campanarios. El esplendor matutino. Dorada levedad aprisionada en coordenadas cósmicas. Decías: "Amaru, sí. Es todo tan hermoso". Y al apartarte, después, había en tu marcha una lentitud de monstruo mítico. Fueron pasando las semanas. Se hizo más lento tu trabajo. Se imponían correcciones y reajustes. Empezó la estación de los vientos. El aire se filtraba, sin cesar, por las rendijas. Se acumulaba el polvo sobre el piso. Todo se veía más gris y desierto. Y, no obstante, se alzaba cada vez más alto, y más firme, aquel árbol de sonido. Tu obra, esfinge. Arbol que hundía sus raíces en diatonías, en tropos y antistrofas gregorianas. Pero que luego, salvando un transcurso de siglos, formula su propia y singular estética. Rigor el más severo. Y, no obstante, cuán naturalmente se había adelantado ese curso al encuentro de lo originario. Cuán hermosamente se concertaba con lo infinito. Reflexionante, una y otra vez. Una y otra vez analizaste los problemas que esa voz te había planteado. Ejercicio deletable. Y no te asombraste, luego, la noche aquella en que se reanudó el diálogo. Habías ascendido a la atalaya. Sí, por un costado de la loggia. Desde el alféizar, oculto a medias, dejaste vagar tu mirada. Una maciza negrura se extendía sobre el Cuzco. A pesar de los reverberos de la plaza, y de las antorchas de un Carmenja en fiesta. Te embargó el recogimiento. Y entonces, del valle, de la puna, de los collados, se elevó un acento innominable. Voz no de victoria, ni de guerra, sino doliente. Y visceral. Elegía del limo, de la arcilla. Voz telúrica. Acallóse, en fin, y todo quedó en silencio. Era la tierra que había cantado, Amaru. Habías reconocido esa plenitud,

ese extravío. Canción, más no de la tierra nutricia, sino, antes bien, de aquella que es desnudo término. Transcurrió más de una hora. Descendiste, luego. Una débil fosforescencia irisaba tus anillos. Sí, probada estaba la vigencia del rito. Su continuidad exaltante. Y cuán delgado, y frágil, se te figuró, entonces, el edificio que construías. Cuanto más poderosa, en cambio, y vasta, esa respuesta. Mas también, no obstante ¡había tal necesidad en aquel diálogo! Una necesidad que demostraba, precisamente, el significado cósmico de lo que, de otro modo, no habría sino alternancia lúdica, descriptiva, entre un juego estupendo y las voces de la naturaleza. Descansaste, en lo que restaba de esa noche. Proseguiste tu tarea, en las subsiguientes. Se fue haciendo así perceptible, poco a poca, una segunda estructura, subyacente a la primera, y que de alguna manera, además, la trascendía. Te cuidaste, por ello, de no atentar en nada contra sus líneas generales. Al contrario. En su preservación encontrabas la mejor garantía de la prosecución de aquel misterio. Avanzaba, tu escritura. Ceñidos los filos de tus dedos, tras las yemas. Indesmayables. Se avistaba ya la conclusión del viaje. Las últimas frases se inscribían con una exactitud de diamante. Y así, Septiembre inició su tiempo desolado. Era cada vez mayor la frecuencia con que yo me hablaba a mí mismo. Me llamaba, quedamente: "Sierpe", "Querube", "Amaru"... Dejé a un lado todo interrogante. No me importaron ya, ni me importan, las explicaciones, los sentidos. No pienso más en los siglos de latencia. Olvido, en suma, este mismo don de invención y de palabra. Me atengo sólo a un saber actuante. Un saber precedero, sin duda, mas también, y por ello mismo, triunfal. Sé que el fin es ya cercano. Se desvanecerá, la presencia danzante, onírica, que habitó entre estos muros. La enigmática presencia que brotó, en una hora ya lejana, de la sequedad y del silencio. Tornará a la nada su materia. Esta irradiante y mítica materia. Abolida será mi forma. Forma que alejó, en su mismo principio, de su antiguo linaje. El linaje aquel, enraizado en Pamir, en Escitia, el Eufrates. Forma que adopta ahora, cada vez más, en sí misma y en su proyección simbólica, la hierática adustez de Chavín y de Pucara. ¿No se muestra ya en mi boca una crispación ferina? ¿No asumen mis rasgos una dureza de faz diorítica? Creo sentir, incluso, en mis venas, otra savia. Una mórbida corriente. Sueño, acaso. Delirio, quizás, que antecede a la agonía. ¿No suenan ya las primeras gotas? Se oirá de nuevo, con la lluvia, una voz profunda. Canción no de guerra, ni telúrica, sino del agua. Himno de los puquios, y los ríos, y los lagos. Agua de Ausangate, de Apurímac, de Ucayali. Floresta amada. Se estremecerán mis flancos. Arderán mis pupilas. En un último esfuerzo, registraré lo finalmente oído. Cerraré el compás definitivo. Habrá acabado la liturgia. Quedará allí, en el facistol, el opus. Oratorio de los elementos y los números. Mágico resumen. Recogeré, entonces, mis anillos. Mis anillos esplendentes. Acaso más tarde, en una noche lejanísima, otra sierpe se alzará de mis cenizas.

poesía italiana

A Roberto Paoli

GUIDO CAVALCANTI (1255-1300)

MADRIGAL

Oh, ciego mundo, lleno de flaqueza,
todos tus goces son mortal beleño,
falsías y recelo son tu empeño.

Loco es aquel que el freno te endereza,
cuando por suerte don ninguno pierde,
pues en todo otro Amor luce, está verde.
Empero, quien ya nunca guste amores
quiera el fruto gustar de dulces flores.

DANTE ALIGHIERI (1265-1321)

TANTO GENTILE E TANTO ONESTA PARE...

Se muestra tan gentil y recatada
mi señora cuando ella a alguien saluda,
que toda lengua tiembla y queda muda
y los ojos no arriesgan la mirada.

Ella se aleja, oyéndose alabar,
benignamente de humildad vestida,
que parece del cielo ser venida
a la tierra un milagro por mostrar.

Muéstrase tan gentil a quien la mira
que ofrece al corazón una dulzura
que no puede entender quien no la pruebe.

Y en sus labios parece que se mueve
suave espíritu lleno de ternura
que al alma va diciéndole: suspira.

FRANCESCO PETRARCA (1304-1374)

GLI OCCHI DI CH'IO PARLAI SI CALDAMENTE...

Los ojos de que hablé cálidamente,
los brazos, manos, pies y rostro huido,
que a mí mismo me habían dividido,
y me hicieron distinto de otra gente;

los cabellos de puro oro luciente,
y el brillo del angélico sorriso,
que hacían de la tierra un paraíso,
exiguo polvo son que nada siente.

Vivo donde mi pena es un enfado,
quedando sin la lumbre que amé tanto,
con gran fortuna en leño desarmado.

Hora termine aquí mi tierno canto:
del ingenio la vena se ha secado
y la cítara mía vuelta llanto.

MATTEO MARIA BOIARDO (1434-1494)

GIA VIDI USCIR DI L'ONDE UNA MATTINA..

De entre las ondas vi en la hora primera
salir el sol con oro enmelenado,
y con tal luz su rostro reflejado
iba incendiando toda la ribera.

Y vi abrir con la helada matutina
la rosa de un color tan inflamado,
que en lontananza habríase pensado
ser todo un fuego ardiendo en verde espina.

Y vi en la estación nueva y deliciosa
crecer la blanda yerba y, postrimero,
abrir renuevos de la edad que empieza.

Y vi a una doncella primorosa
coger las rosas bajo el sol primero
y vencer a estas cosas en belleza.

LUDOVICO ARIOSTO (1474-1533)

LA VERGINELLA E SIMILE ALLA' ROSA...

Semejante es la virgen a la rosa
que en hermoso jardín sobre su espina,
mientras sola y segura ahí reposa,
ni la grey ni el pastor se le avecina;
el aura suave y el alba primorosa,
tierra, agua y lo que a su favor se inclina:
la dama y el doncel, enamorados,
tener les gusta pecho y sien ornados.

Pero tan pronto del materno velo
es separada y de su tronco verde,
cuanto tenía de hombres y de cielo:
favor, gracia y belleza, todo pierde.
La virgen, a su flor guarde con celo,
más que a la vista o la vida, y recuerde:
al ser de ella privada, el precio de antes
cede en el corazón de los amantes.

TORCUATO TASSO (1544-1595)

TACCIONO I BOSCHI E I FIUMI...

Los bosques y los ríos enmudecen
y en el mar no hay aliento,
en la espelunca muere en paz el viento,
y entre la noche bruna
esparce su silencio el alta luna;
la amorosa dulzura
ocultémosla pura:
no hables, amor, no broten ya respiros,
sean mudos los besos y suspiros.

GIACOMO LEOPARDI (1798-1837)

EL INFINITO

Me fue querido siempre este collado
y este bosque que a la vista esconde
tanta parte del último horizonte.
Sentado aquí y mirando interminables
espacios a distancia, sobrehumano
silencio y profundísimo reposo
en el pensar me finjo; que por poco
se espanta el corazón. Y como el viento
escucho susurrar entre las frondas,
comparo su rumor a este silencio
infinito; en lo eterno pienso luego,
en el tiempo que fue, y en el presente,
movido y bullicioso. Así, en esta
inmensidad se ahoga el pensamiento
y naufragar me es dulce en este mar.

DINO CAMPANA (1885-1932)

GENOVESA

Entre tus cabellos me trajiste
algas marinas, y olor a viento,
que viene desde lejos
grávido de ardores,
se hallaba entre tu cuerpo bronceado:
—oh, simplicidad divina
la de tus formas ligeras—
ni amor, ni congoja, un fantasma,
una sombra de la necesidad que vaga
serena e ineluctable para el alma
disolviéndola en dicha, calma en su encanto
para que el siroco
pueda llevarla a lo infinito.
¡Cuán pequeño y ligero el mundo entre tus manos!

GIUSEPPE UNGARETTI (1888-1970)

LA ISLA

A una riba donde la noche era perenne
de absortas selvas antiguas, descendió,
y adentróse
reclamándolo susurro de plumas
desprendida del estridente
palpitar del agua tórrida,
y un espectro (languidecía
y reflorecía) vio;
vuelto a subir
vio que era una ninfa y dormía
de pie abrazada a un olmo.

En sí de simulacro a llama verdadera
errando, llegó a un prado
donde se espesaba la sombra
en los ojos de las vírgenes
cual la noche al pie de los olivos;
destilaban las ramas
perezosa lluvia de dardos,
allí dormían ovejas
bajo la lisa tibieza,
otras pacían
el manto luminoso;
las manos del pastor eran un vidrio
pulido por suave fiebre.

EUGENIO MONTALE (1896)

MERIGGIARE PALLIDO E ASSORTO...

Pálido y absorto, sestear
junto a la ardiente tapia del huerto,
escuchar entre espinos y zarzas
chasquidos de mirlos y serpientes.

Espiar entre grietas de tierra
hileras de rojizas hormigas
que ora se rompen ora se enredan
encima de gavillas minúsculas.

Observar en la fronda el lejano
temblor de las escamas de mar
mientras se alzan desde calvos montes
trémulos chirridos de cigarras.

Y al andar bajo el sol deslumbrante
sentir con doliente maravilla
cómo es la vida y su pesadumbre
en este seguir una muralla
sembrada de trozos de botella.

SALVATORE QUASIMODO (1901-1968)

Y ES NOCHE DE PRONTO

Cada cual está solo en el mundo
traspasado por un rayo de sol:
y es noche de pronto.

ELEGIA

Helada mensajera de la noche,
límpida has retornado a los balcones
de las casas destruidas, encendiendo
tumbas desconocidas y abandonados restos
de la tierra humeante. Aquí reposa
nuestro sueño y te vuelves solitaria
al norte, donde todo se apresura
sin luz hacia la muerte, y tú resistes.

MARIO LUZI (1914)

EPISTOLIUM

En el mediodía arborescente
se me aparece
tu casa que solloza
a la umbría de los jardines.
Hasta el umbral,
viene tu ausencia hacia mí.
Me arrastran fiebre y silencio.
Una ventana abierta a las plantas
les bebe el verde;
ilumina la estancia
un claror de abismo vegetal.
Crece un mudo delirio,
ágil y alisado
un gato juguetea con flores.

juan gonzalo rose

*romance de cara
al cielo*

Larga es la luna del río
y en tus manos es pequeña.
De agua es la luna de estío;
de lana, la de la aldea.

La luna que hubo en mi infancia
en un jardín se ha dormido;
ni el sol le busca la cara,
ni el tiempo turba su nido.

La luna que vi en el mar
con arena en el cabello,
navega espuma de plata
en el aire de mi sueño.

Luna de mala fortuna
la luna en que te miré.
La luna en que te miré:
luna que vino y se fue.

Negra luna de la muerte
resiste la luz del día;
la luna del gran amor
puede volver todavía.

césar moro cartas de amor

El amor en la noche. Un tumulto se anuncia, un tumulto como de sangre que se vierte. Las alas del mundo empiezan a dormir, y sólo tus ojos iluminan el silencio, el gran silencio que reina a tu llegada. Y te desprendes como un árbol o como la noche, a pasos callados, como el gran caballero que aparece en los sueños. Con tu rostro severo, con el misterio y la distancia y con el gran silencio.

Yo no podré besarte, a veces dices, yo no podré besarte...

El corazón respira apenas ante el milagro repentino de tu presencia. Los ojos quisieran guardar para siempre el color de incendio de tus ojos, el resplandor de tu mirada, el exacto volumen de tu cuerpo, y devorarte y envolverte y guardarte ajeno a todas las miradas.

Te llamo desde lejos, de muy lejos; tú no me oyes, mi voz te llega amortiguada. Tú no me oyes. Si me oyeras vendrías y tus ojos se cubrirían de lágrimas y a través de esa bruma verías la imagen del amor acribillado. Pero no oyes y tu ausencia se renueva. Estás cerca de mí, estás cerca; todo me lo dice: el calor de tu cuerpo, tu cuerpo mismo, la sombra terrible de tu cuerpo interceptando la luz del sol. Tu voz también quiere decirme que estás cerca. Pero no es cierto... Ya te fuiste. Acaso no has llegado todavía y yo estoy ciego, completamente ciego, mirándote sin verte y llamándote hacia aquel punto donde ya nadie puede seguirme, donde la soledad me acosa, donde nada responde ni nada me acompaña.

¡Volver a verte!

Por un camino que no llega te aguardo y te estaré aguardando siempre; más lejos que mi vida, más lejos que el recuerdo de la vida consciente; desde mi oscuridad, agazapado, solo, horriblemente solo, esperando que al fin vuelvas y te detengas y me mires y hables y tu voz me haga nacer y me devuelva al mundo de mí mismo que he perdido al encontrarte sin hallarte.

25 de enero de 1939

Estoy libre de deseo. Vivo al interior de él y siendo él ya no sufro de él. Ya no es múltiple en los fines, si polifacético en el deseo. Ya no vivo sino en el deseo.

Desearte es ver todos los árboles y el cielo, el agua y el aire en ti. Mi vida se ha hecho simple, clara, ardiente, limpia.

¡Ay! ¡Si yo no amara! Sería la guerra de cien años de mi vida. Los frentes dispersos. Ahora la batalla es una, uno su fragor.

Te puedo dar todos los nombres: cielo, vida, alfabeto, aire que respiro.

Si todo eres tú, ya mi deseo es uno en su fin. Pero si a veces te presentas como el aire o la luz, fuera de ti no deseo, ni vivo y estoy ciego.

Megalomanía del amor. Qué delirio de grandeza puede igualarte. O deseo de su sola grandeza, de su solo brillo.

En tu deseo todas las formas reprimidas, exaltadas, demenciales, absurdas se resuelven y se hacen (...tivas). Crece la realidad y por primera vez la muerte no existe.

Grandeza de saberte el más alto deber, la urgencia mayor, y sacrificarte a un deseo simplemente humano.

Soy el santo de los santos. El receptáculo de tu amor. Gracias a ti, de este fuego que ha quemado toda impureza.

¿Quién puede asegurarme una eternidad sin amarte? Pero quien puede consolarme del trance de la muerte y darme la certeza, la única que pido, de amarte exactamente a través de todas las transformaciones post mortem?

Si puedo amar así, mi eternidad sería segura. ¿Tal eternidad dura sólo una vida?

28 de febrero, medianoche.

Te quiero con tu gran crueldad, porque apareces en medio de mi sueño y me levantas y como un dios, como un auténtico dios, como el único y verdadero, con la injusticia de los dioses, todo negro dios nocturno, todo de obsidiana con tu cabeza de diamante, como un potro salvaje, con tus manos salvajes y tus pies de oro que sostienen tu cuerpo negro, me arrastras y me arrojas al mar de las torturas y de las suposiciones.

Nada existe fuera de ti, sólo el silencio y el espacio. Pero tú eres el espacio y la noche, el aire y el agua que bebo, el silencioso veneno y el volcán en cuyo abismo caí hace tiempo, hace siglos, desde antes de nacer, para que de los cabellos me arrastres a mi muerte. Inútilmente me debato, inútilmente pregunto. Los dioses son mudos; como un muro que se aleja, así respondes a mis preguntas, a la sed quemante de mi vida.

¿Para qué resistir a tu poder? Para qué luchar con tu fuerza de rayo, contra tus brazos de torrente; si así ha de ser, si eres el punto, el polo que imanta mi vida.

Tu historia es la historia del hombre. El gran drama en que mi existencia es el zarzal ardiendo, el objeto de tu venganza cósmica, de tu rencor de acero. Todo sexo y todo fuego, así eres. Todo hielo y todo sombra, así eres. Hermoso demonio de la noche, tigre implacable de testículos de estrella, gran tigre negro de semen inagotable de nubes inundando el mundo.

Guárdame junto a ti, cerca de tu ombligo en que principia el aire; cerca de

tus axilas donde se acaba el aire. Cerca de tus pies y cerca de tus manos. Guárdame junto a ti.

Seré tu sombra y el agua de tu sed, con ojos; en tu sueño seré aquel punto luminoso que se agranda y lo convierte todo en lumbre; en tu lecho al dormir oirás como un murmullo y un calor a tus pies se anudará que irá subiendo y lentamente se apoderará de tus miembros y un gran descanso tomará tu cuerpo y al extender tu mano sentirás un cuerpo extraño, helado: seré yo. Me llevas en tu sangre y en tu aliento, nada podrá borrarne. Es inútil tu fuerza para ahuyentarme, tu rabia es menos fuerte que mi amor; ya tú y yo unidos para siempre, a pesar tuyo, vamos juntos. En el placer que tomas lejos de mí hay un sollozo y tu nombre. Frente a tus ojos el fuego inextinguible.

18 de junio de 1939

Yo puedo pronunciar tu nombre hasta perder el conocimiento, hasta olvidarme de mí mismo; hasta salir enloquecido y destrozado, lleno de sangre y ciego a perderme en las suposiciones y en las alucinaciones más torturantes. Todo me persigue con tu nombre. Tu imagen aparece a cada instante debajo de todas las imágenes, de todas las representaciones.

Nada puede hacerme sufrir más que el espectáculo del amor. Yo solo, frente al mundo, fuera del mundo, en el mundo intermedio de la nostalgia fúnebre, de las aguas maternas, del gran claustro, del paraíso perdido; frente a ti y lejos, tan lejos que ya nada puede salvarme, ni la muerte.

Me has arrojado por debajo de mí mismo: las palabras se van acumulando; hay palabras de las que ya no se vuelve, que abren una brecha por la que se introducen el veneno y la tristeza de muerte; la desolación total, la soledad, el abandono definitivo.

Encerrado dentro de mí, solo con tu recuerdo que me persigue noche y día sin reposo. Ya no puedo acordarme de cuando sonreías ahora apareces alejándote y con una mirada que yo no hubiera querido conocer. Ya sé todo lo que nunca hubiera querido saber, lo que algunos hombres conocen solamente pocos instantes antes de su muerte. Y debo seguir viviendo sin esperanza, sin estímulo, sin ese pequeño espacio de refugio de descanso que todos necesitamos. Quizás más que nadie tenía yo necesidad de una tabla de salvación, de una última apariencia engañosa de la vida para seguir adelante, para salvarme de mí mismo y de la conciencia que del mundo y de la vida he tenido desde que pude darme cuenta de la vida.

Ahora, dónde ir, dónde volver la cara, a quién contar lo que puede sufrir un ser humano que a veces desconozco y que siento como un extranjero enloquecido dentro de una casa vacía. Qué puede reservarme la vida sino la repetición constante de un solo instante, del más amargo de los instantes. Cada nuevo día que viene no hace sino traerme la misma desesperación; mi primer pensamiento, al despertar, eres tú; el último, al dormir, eres tú. Y mi sueño no es sino una angustiada búsqueda de ti. Sueño que te vas, que me abandonas,

cómo si pudiera abandonarse algo que nunca se ha aceptado. Porque tú nunca me has aceptado, nunca has querido saber nada de mí. Apenas llegaste, ya no pude ver nada, salí despavorido tras de ti y así he continuado.

Ojalá fuera verdad el mito del alma que se vende al diablo. ya la hubiera yo vendido por toda una eternidad para estar más cerca de ti, para tener la seguridad de verte siempre. Lo que me aterroriza de la muerte es saber que entonces no podré pensar en ti, que ya no vendrá tu recuerdo a torturarme; que mi ternura, mi pobre ternura rechazada no podrá envolverte en una mirada, en un anhelo infinito.

El cielo es azul, la vida es hermosa, el aire se vuelve respirable porque existes. Yo sé que la vida es hermosa aunque no la recuerdo, sé que el cielo es azul aunque no lo miro nunca, sé que puede ser más azul que nunca cuando tú sonríes. Tu sonrisa es lo más bello y humano que yo conozca. Cuando sonríes parece que todas las montañas, del mundo tuvieran sol y árboles y que vinieran a tu encuentro a besar las huellas de tus pasos; parece que la noche se hubiera acabado para siempre y que ya sólo la luz y el amor y una inocencia cósmica reinaran sobre el universo, donde los planetas y los astros no pueden compararse a ti sino como reflejos o emanaciones de tu presencia en el mundo. Ya que en tu poder está volver sombrío el día y hacer clara la noche y desencadenar lluvias tempestuosas y hacer gemir los elementos, ¿por qué no quieres transformarme en un pedazo de tu sombra, o en tu aliento o simplemente en una partícula de tu pensamiento? Si no quieres salvarme condéname a una muerte fulminante, condéname a la desaparición total, pero que no siga esta larga angustia, este temor de cada día, de cada hora. Haz que vuelva al origen de mi vida, a la nada, y no vuelvas a crearme ni a traerme nuevamente a la vida ni siquiera bajo la forma de una piedra; aún así tendría la nostalgia insaciable de ti, la memoria de tu recuerdo. Dispérsame en el aire o en el fuego o en el agua o mejor en la nada, fuera del mundo.

Sólo pido a la vida que nunca me deje un momento de reposo, que mientras haya un soplo de vida en mí, me torture y me enloquezca tu recuerdo, que cada día se me haga más odiosa tu ausencia y que por una fuerza incontenible me llegue a encerrar en una soledad que no esté habitada sino por tu presencia. Ya no sé quién soy ni quién fui antes de conocerte. ¿Acaso yo existía antes de conocerte? No, no era sino un reflejo de la luz que iba llegando, de tu presencia que se acercaba. Persígueme, tortúrame, maldíceme, pero no me abandones a mi propia desesperación. Trata de comprender los sentimientos de un ser mortal que te venera, que siente un ansia irracional de confundirse contigo, que no conoce de la vida otra cosa que lo que tú le has enseñado; que sabe que el día es un largo período de siglos que parecen un instante cuando tu presencia se manifiesta; el resto del tiempo es noche. Manifiéstate a mí bajo tu apariencia humana; no tomes el aspecto del sol o de la lluvia para venir a verme; a veces me es difícil reconocerte en el rumor del viento o cuando en mis sueños adquieres el aspecto demasiado violento de una enorme piedra de basalto que rueda por el espacio infinito sin detenerse y me arrastra a la desolación de playas muertas que la planta del hombre no había hollado aún, playas, todas negras en que una montaña que ocupa to-

do el horizonte sostiene una reproducción del tamaño del cielo de tu cabeza tal como yo la conozco, tu cabeza rodeada de centellas y que despide un fuego tan terrible que a veces se propaga hasta las nubes e incendia el mundo. Pero basta el movimiento imperceptible de uno solo de tus músculos, el más pequeño, para que todo vuelva a ser como nosotros creíamos que era, antes de que tu presencia se manifestara al mundo y antes de que yo fuera el primero y el último de tus adeptos, oh espíritu nocturno. Abrásame en tus llamas poderoso demonio; consúmeme en tu aliento de tromba marina, poderoso Pegaso celeste, gran caballo apocalíptico de patas de lluvia, de cabeza de meteoro, de vientre de sol y luna, de ojos de montañas de la luna. Gran vendabal, dispérsame en la lluvia y en la ausencia celeste, despérsame en el huracán de celajes que arremolina tu paso de centella por la avenida de los dioses donde termina la Vía Láctea que nace de tu pene.

25 de julio de 1939

¿Qué puedo decirte aún? No te he dicho mil veces con la palabra y mil veces con el silencio, con el desesperado lenguaje de los ojos o del pensamiento que se retuerce sobre sí mismo y labra infatigable, como la gota de agua, la piedra del cerebro y deshace el corazón vacío y la esperanza tenaz y el aguardar eterno, no te he dicho, mil y mil veces más, lo que ahora no me atrevo a decirte y que tú sabes y no quieres saber?

A quién, si no a ti, puedo hacer responsable de esta lluvia que cae interminable, de esta brumosa tristeza que me corroe el gusto de la vida; a quién, si no a ti, debo hacer responsable de esos espacios fugaces y brillantes de mi vida en que todo parece nacer y ordenarse según un nuevo orden desconocido y una alegría sin medida: la alegría potente de haberte conocido, de saber que tú eres, y que eres sin remedio en mi vida; la última alegría, la última tristeza, el solo nombre que mi mente pronuncia sin descanso a través de la experiencia insostenible de los días que pasan inútiles, sin alegría fuera de ti.

No puedo resolverme a aceptar el hecho evidente, cruelísimo, de saberte distante, indiferente, ajeno. Lo sé, no puedo aceptarlo. Te adoro. Palabras, palabras... Nada es comparable a la sensación de mi ternura por ti; llámala de cualquier modo: justa, injusta, reprochable, monstruosa; también es un hecho innegable, más fuerte que mi muerte, más fuerte que el infierno de cada día y que la desesperación en que me debato. Es así, así será siempre.

Nada tengo que reprocharte o debiera reprocharte hasta el aire que respiro; no es tu culpa ser lo más hermoso y lo más terrible en mi vida. Tu ausencia, tu sadismo, tu indiferencia: qué cosa puedo hallar fuera de tu mundo absorbente sino el silencio y la sombra mortales en que a lo largo de los días te busco.

¡Qué bella debe ser la vida! Ahora llueve, para mí podría ser la hora luminosa, el cielo azul, el aire tibio de la estación más tibia en el clima ideal del mundo si pudiera verte interminablemente, hasta que mis ojos se cerraran viéndote, aparición concreta de mi paraíso perdido, de mi lejano paraíso que no encontraré jamás y que me deja más solo y más indefenso que a todo ser humano.

10 de octubre de 1939

pedro lastra del sentimiento de equidistancia

(Para una poética del lector)

La poesía es entrar en el ser

O. Paz. El Arco y la Lira

Se trata de la experiencia poética de un lector situado en esas dimensiones de la participación que aquí denomino como sentimiento de equidistancia, y que se manifiesta para mí en la lectura o en el recuerdo de poemas (más bien de versos aislados por el movimiento de la memoria) en los que encuentro mi respuesta a la realidad —hablo de la respuesta deseada— no como reflejo y aprendizaje sino como aventura vivida y asumida. Valoro pues ese prodigio de las posibilidades que me permite instalarme en destinos que son míos por gracia de los otros, y que mi memoria ordena en el espacio propicio para la salvación. escuchar muy claramente. Sé que para hacer mío ese destino y comprometerme dentro y fuera del tiempo, cerca y lejos, la escritura y la voz: necesito ver y me en él no debo estar, comprometido desde el comienzo. No como en la amistad o en el amor, donde la emoción de la cercanía me impide la transparencia. Así no puedo ser. Para ser invoco el distanciamiento, y esa es la distancia de la página en que se dibuja una presencia que reconozco. Vivo la pasión de un poema porque mi lectura ocurre en un punto equidistante entre el momento originario (la escritura y la voz) y mi propio momento. Entonces esa palabra es mía: en ella me hago transparente y me veo como nunca me vería si no la conociera. No puedo comunicar esa transparencia que soy en la lectura real o en el recuento de los instantes de poesía que me importan sino bajo la secreta forma del entusiasmo que es la repetición fervorosa y tenaz (razón por la cual le estoy agradecido a mi memoria). Pero entonces no comunico. Mi sentimiento es equidistante sólo para mí y no creo esa equidistancia para los otros. Si mi palabra me enturbia o me oscurece es porque soy incapaz de ubicarme al mismo tiempo en un dentro y un fuera de mí y del otro que me escucha, y así estoy siempre por debajo de mi pasión y de mi deseo. Sólo puedo alzarme cuando yo soy el otro, el que escucha; cuando existo simultáneamente dentro y fuera, cerca y lejos de ese decir que leo o que recuerdo. Los versos ajenos combaten y vencen mi silencio y todo lo demás es la lejanía que me anula. Por esa equidistancia soy Esenin en la noche de su último poema, y como en un rito me despido también del mundo en cada lectura de ese poema para reintegrarme al mundo cuando ya no lo leo o lo recuerdo. Al recordarlo me despediré otra vez, hasta la realidad de la despedida. Quiero decir que únicamente como lector de poesía anulo una distancia y accedo a una transparencia.

safo

A AFRODITA

Inmortal Afrodita de polícromo
trono, te ruego, hija engañosa de Zeus,
que con angustia no gobiernes nunca,
señora, mi espíritu.

Ven hacia aquí, como antes, una vez,
al escuchar desde lejos mis quejas,
abandonaste la morada de oro
de tu Padre y viniste

en tu carro uncido, que guiaban bellos
gorriones sobre la negruzca tierra,
en apretado torbellino de alas
por el celeste espacio.

Pronto llegaban, oh dichosa, y tú
me preguntabas, con eterno rostro
sonriente, qué nuevo dolor sufría,
pues te invocaba aún,

y qué anhela ante todo obtener
mi corazón enloquecido: *¿A quién
puedo llevar hacia tu amor ahora?*
¿Quién, Safo, así te daña?

*Pero pronto te buscará quien te huye,
te hará regalos quien los rechazaba,
si hoy no te adora, te amará muy pronto
aun a pesar suyo.*

Ven pues ahora a quebrantar mi angustia,
y alcanza tú cuanto desea lograr
mi alma: en la guerra, sé por siempre tú
mi compañera.

AL AMADO

Me parece semejante a un dios
aquel que en frente tuyo permanece,
y, absorto, escuchar puede tan de cerca
tu suave hablar

y tu reír encantador; aquello,
sobrecoge en mi pecho el corazón,
pues cuando por un instante te miro
ni aun hablar puedo

y en silencio la lengua se desgarrar,
un fuego sutil recorre mi piel,
ni los ojos siquiera tienen luz
y los oídos me zumban;

un frío sudor me fluye, un temblor
me aprisiona y, como la hierba, pálida,
siento que es breve el tiempo que falta
para quedarme muerta.

Claras, suaves y frescas aguas,
donde los bellos miembros posó aquella
a quien solo llamar quiero mujer;
rama gentil donde gustaba
(suspirando me acuerdo)
cual columna apoyar el bello cuerpo;
yerbas y flores que la falda
graciosa y angélico seno
recubríanle; aire sacro, sereno,
donde con bellos ojos
Amor me abría el corazón:
prestad, juntos, oídos
a mis dolientes últimas palabras.

Si es pues tal mi destino
(así se esfuerza el cielo en ello)
que Amor estos llorosos ojos cierre,
haya clemente voluntad que al misero
cuerpo mío le consienta
ser sepultado entre vosotros,
y torne el alma nuda a su morada.
Menos cruel será la muerte
si esta esperanza llevo
en aquel paso incierto;
pues el cansado espíritu
jamás podría en más sereno puerto
ni en más tranquila fosa
huir del hueso y la afligida carne.

Tal vez aún tiempo vendrá
que al sitio acostumbrado
vuelva la hermosa y dócil fiera,
allí donde me vio
en el bendito día,
la vista vuelva alegre y deseosa,
buscándome, ¡oh piedad!,
ya tierra entre las piedras viéndome,
Amor la inspire de tal modo
que muy dulcemente suspire
y para mí piedad implore,
y fuerce al cielo,
secándose los ojos
con el hermoso velo.

De bellas ramas descendía
(es dulce en la memoria)
una lluvia de flores a su falda;
así ella se sentaba
humilde en tanta gloria,
cubierta ya por amoroso nimbo:
una flor le caía
en la orla de su falda,
otra sobre las rubias trenzas
que oro bruñido y perlas
fingían aquel día;
una tierra tocaba, otra las ondas;
con vaga errancia girando una
parecía decir: "Aquí Amor reina".

Cuántas veces me dije
lleno entonces de asombro:
"¡Sin duda ella nació en el paraíso!"
Tan lleno fui así de olvido
—pues su porte divino,
y su rostro y palabra,
y su risa tan suave,
apartado me habían
de la imagen veraz—,
que suspirando yo decía:
"¿Cómo llegué aquí, y cuándo?",
creyéndome en el cielo, no do estaba.
Esta yerba me place desde entonces
tanto que fuera de ella paz no encuentro.

Si acicalada te vieses, canción,
tanto como deseas,
podrías sin temor
salir del bosque, andar entre la gente.

marco antonio montes de oca

ASI ES LA COSA

Mejor un amor muerto que humillado
Tú lo sobreponías
Lo sobreponías a todo mar y a toda cosa
A los dedos en alto del sacerdote
Al vello pectoral
Al aquí mismo del más allá
Mismo aquí mismo allá
Hermosura entretejida y respirada.

Mas del turgente minuterero
Gotearon lágrimas tintineantes
Se amonedó el dolor
en el agua más difícil de imprimir.

Los leves zapatos del amor
han dejado su rastro en la ventana.

Algo se ha ido
Algo se ha muerto sin dejar de caminar.

Si amor muere por que así debe ser
No hay cumpla en ello
Pero ay de quien lo asesina
A sangre fría o caliente
Ya sea en su cuna o en su columpio cenital.

RECUENTO

Todo pasa menos la ciruela pasa
Pasa todo menos el cáncer en la giba dromedaria
Pasa la mañana mas no la nube que la enjaula
Se atora la llave
El candado no se abre
Dios Dios como levadura de luciérnagas:
Algo hay
Que yo no sé
Si es éxodo o exilio
O un vertiginoso cuarto de conversión
En que te quedas sin moverte
Y tu vuelo se reduce
a un suspiro encuadrado
entre ambas alas.

francisco cervantes

OTOÑO SIN PERDON

Quiero —pidió el Ser a su Demonio
Conocer tus facciones,
Ver sus caras.
Aquella deidad antigua
Tuvo piedad del Ser
Y concedió a su vista y tacto
El conocimiento sin aliño.
Horas y existencias sustanciales
De mutua contemplación y lucha sucedieron.
Era otoño sin perdón para ninguno,
Nació el amor, entre sondeos atroces
Y bestiales caricias que encontraron su contorno
En las nervaduras rotas de las hojas cuyo susurro propiciaron.

RETOÑO DEL TRICLINIO INVERNAL

No sé por donde empezar
Al fin que es cosa de otros esto mío
Gritos te fueron somnolientos animales
Y el eco de ti mismo
Esa mañana
De verdad una mañana es esa
Y tú ¿lo sabes?
Te colocas en el lado tiránico
Y escuchas al coágulo formarse
Como una larga desesperanza
Que ya habías repasado
Tú de nuevo
Si esperabas no volver a ti
Sombra cocinada en duermiveela
Retoño del triclinio invernal
Tus manos de reventa
De revienta y estalla
Y esta ya no lo es nada
En los apuntes de febriloquia
Lo dijo el catedrático convexo
Copiándole a su más deseada alumna
El dibujo de su cuello
Que sólo entiende en el recuerdo
Tú tú sólo puedes oír el mapa.
Porque nadie salvo tu reflejo has vuelto a ver aquí
Inútil es toda belleza la busques o la encuentres
Y si ella
¿A qué has venido?
Tarde en tus manos encomiendo su cuerpo.

john berryman

PAISAJE DE INVIERNO

Los tres hombres que descienden la colina de invierno,
de marrón, con largas estacas, una jauría en los talones,
a través de los árboles ordenados,
cinco siluetas junto a la paja ardiendo,
fríos y silenciosos de regreso a su pueblo.

De regreso hacia la nieve amasada, la pista de patinaje
revuelta por los niños, hacia los hombres más viejos,
los antiguos camaradas, que no pueden jamás alcanzar,
la luz azul, los hombres con sus escaleras, cerca de la iglesia,
el trineo y la sombra en la calle bajo el crepúsculo.

No saben que en los venideros tiempos de la arena,
el cruel desierto de la historia alargándose,
los veremos venir por el borde de la misma colina:
cuando toda compañía habrása ya perdido para siempre.

Esos hombres, esos tres de marrón,
testimoniados por los pájaros, estarán en el sitio y se dirán:
por su sombra entre los árboles, el puente, las casas rojas, el fuego,
"Qué lugar, qué tiempo, qué ocasión matinal".

Los enviarán al bosque, una jauría en los talones
y las largas estacas sobre sus hombros, para volver como ahora los
vemos,
la nieve hasta los tobillos, descender la colina de invierno,
mientras tres pájaros los miran
y el cuarto vuela.

NOTA A WANG WEI

¿Cómo puedes estar tan contento, desmelenado desde hace unos mil años,
bocanadas de polvo?

A la larga termino fastidiado.

Tus poemas me hostigan hasta el borde de las lágrimas como tu destino.

Eso me hace pensar.

Eso me hace querer las montañas y las aguas azules.

Me hace preguntarme qué cosas permitir (yo me aseguro, Dios de relámpagos y truenos, de fugas y carneros, cuyo cohete arde en llamas y canta).

Me hubiera gustado vernos para tomar un trago "libres ya de las 10,000 cosas".

Pronto yo mismo seré polvo.

Ahora no.

apuntes

Revista del Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico

Editor Responsable: Bruno Podestá

Algunos artículos incluidos:

David Sobrevilla, *La cultura y la filosofía de la dominación; apuntes sobre un planteo de Augusto Salazar Bondy*

Pablo Macera, *El arte mural cuzqueño, siglos XVI-XX.*

Leopoldo Chiappo, José Luis Rouillón, David Sobrevilla, Fernando de Szyszlo y Mario Vargas Llosa, *Responden encuesta sobre política y cultura.*

Jorge Basadre, *Nota acerca de una nota.*

DISTRIBUCION Y VENTA

Librería de la Universidad del Pacífico, Avenida Salaverry 2020,
Jesús María, Lima 11, Perú Teléfono: 712277

ana maría gazzolo octeto

ESTA HORA...

*Esta hora
viento dormido
hora en que arrojó
mi vida
Ignoro los tiempos
que estrechan mi espacio*

SOLO QUERIA LLORAR SOLA...

*SOLO quería llorar SOLA
buscaba mi montaña
no tu vacío*

UNA HORA...

*Una hora
evadir y agolparse
la certeza*

*Un instante
violenta madrugada
de respuestas*

BLANCO EL ROSTRO..

*Blanco el rostro
de tu noche*

*Algodón penetrado
de tu rojo*

*Negro el resto
de mi día*

LA RAZON DE LA NADA...

*La razón de la nada
Razón de niebla
ajena a mi mirada*

INSISTENTE FRIO...

*Insistente frío
traspasa lento
este seco silencio
que te guardo*

LLEGAR A LA ESPINA

*Llegar a la espina
y arrancarla
Quedando el dolor
de no llorarte*

*Regresar desnuda
por este ahora
presunto y desolado*

PIEDRA FRIA...

*Piedra fría
No
Una pared de vida
quiero
Te apoyas
Nos hundimos los dos*

carlos orellana pobre paca

Cuando me llegó la tarjeta de ribetes dorados, yo no pensé en la traición. Paca se casaba. Inclusive fui a la boda y me senté en los últimos bancos de la iglesia para rondar luego por la sala de recepción. Todos los muchachos de la oficina estaban allí; me saludaron y respetaron mi decisión de marcharme sin antes brindar con ellos. Sólo Aldunate, nuestro jefe de sección, me otorgó un vulgar codazo en señal de complicidad. No esperaba de él otra cosa. Paca no me vio. Yo la observaba desde el rincón de los mozos. Estaba radiante, con una de esas sonrisas que se parecen al ruido del descorchamiento del champán, no sé cómo le pudo durar tanto, debe haber ensayado. Su esposo flamante saludaba y agradecía a todo el mundo con tal entusiasmo que parecía que le hubiesen regalado la novia. "Es una pareja, pareja —escuché comentar por ahí— él maduro, ella ya madurita".

Pobre Paca. Era un perrito faldero. Nunca le pedí dinero pero yo sé que podía obtenerlo de ella, después... todo me lo dio. La conocí después del mayor fracaso amoroso de mi vida. Su mansedumbre actuó como un bálsamo milagroso, como el peso necesario para equilibrar mi vida luego de una experiencia en la que invertí toda mi independencia. Jamás, durante diez años, me enfrentó a la áspera realidad del matrimonio. Esperaba de mí la proposición de su vida, la que nunca llegó, con una dosis de candor que hacia indigno cualquier buen propósito para con ella. Aceptaba llenar mis domingos vacíos de soltero sin más ambiciones que mis palabras alquitaradas y por último mi compañía sexual. Nunca dije nada que me comprometiese, seriamente, con su persona. Ello no obstante, yo no era un canalla, ella me había acostumbrado y uno se acostumbra a todo. Admito que después de algunos años empecé a sentir ternura por Paca, pero era una ternura flaca, rutinaria, como la que siente uno por su carterero envejecido en el servicio. Así pues, nunca la amé. Pero Paca me amaba de alguna manera, y se dejaba poseer como un grave animal doméstico.

Una tarde ella me confesó, mientras viajábamos en el ómnibus, "quisiera escuchar un llanto de niño que me despierte en la noche". Yo la miré y luego le sonreí amablemente, pensando que con esto ella tendría suficiente y entendiendo, con toda seguridad, de que no se trataba de una insinuación impertinente. Cuando descendimos del vehículo y empezamos a caminar me di cuenta que una extraña melancolía la sumía en un silencio mortificante. Intenté alegrarla jugando con su pelo y arrastrándola a correr por el parque pero ella había puesto en su rostro un no que por primera vez me desarmaba. Empezamos el regreso sin decir palabra, yo guardaba una cólera insensata y egoísta de la que luego me arrepentí. Durante días utilizamos monosílabos insoportables para tratar de comunicarnos en la oficina,

ya no nos veíamos afuera, yo, engreído como estaba rehusé ser el primero en ceder. Pasó el tiempo y sin emociones fuertes, austera-mente, se disolvió lo nuestro. Yo para mis adentros pensé que algo en mí se remozaba mientras ella me hacía creer lo mismo con su conducta, a menudo indiferente y a ratos desafiante.

Un día Paca conmocionó la oficina, vino desconocida. Sus treinta y tantos años habían estallado en una fiebre de juventud. Un nuevo e inusitado arreglo a sus cabellos y el maquillaje, seguramente dosificado, sobre un rostro que sólo sabía ser ascético y sobrio tornaban, de repente, su figura objeto de un encanto frívolo y caprichoso. Sus piernas, que yo sabía flacas y sin interés, ahora revelaban una femeneidad segura de sí. Las muchachas murmuraron algo contra la gracia insospechada de Paca y, sobre todo, lanzaron sus dardos la edad, que pasaba por ser el peor defecto. No dejaba de notarse, sin embargo, cierto tono despechado y envidioso en esos comentarios. Aldunate, entonces, adquirió la costumbre de prodigarle galanteos estúpidos en mi presencia para ver si yo me enojaba. Por mi parte yo estaba entusiasmado con la nueva versión que Paca había hecho de su figura recatada y solterona. Esperaba ansiosamente el reencuentro pero no quería ceder un milímetro en mi orgullo. Estos años me habían formado una filosofía acerca de las mujeres (ahora sé que sólo acerca de Paca) que me erguía el espíritu.

Jamás conté con que la voluntad de Paca pudiera extenderse más allá del límite necesario para soportarme estoicamente. Valiente estu-pidez. Pasaron meses sin que Paca me hablara. Los amigos daban por concluído el largo e inexplicable romance. Para consolarme me obligaban a asistir a cuanta tertulia ocurriese, yo acudía para no de-sairar buenas voluntades. Yo que había llevado con Paca una vida moderada, de entrega a los sanos placeres de la lectura y las artes marciales, me vi lanzado de la noche a la mañana de lleno al mundo de los solteros. Paca me veía llegar a la oficina con los ojos rojos e hinchados. Pero ella, que a su vez había cambiado, me saludaba con una cortesía polar. Yo ya empezaba a desarmarme, a sentir la presencia de un enemigo incansable que tenía una abrumadora des-confianza en mi fuerza de voluntad. Antaño, cuando llegaba a la ofi-cina enfermo o con la cabeza entorpecida por las huellas del alcohol, ella me acompañaba a la cafetería, pedía una alka seltzer, frotaba mi frente con sus manos diligentes y luego me besaba en los párpados. Ahora me lanzaba una mirada de humillante compasión.

Más tarde vino la noticia del matrimonio. Al fin tenía un motivo para rescatar el diálogo, pero lo que no tenía era cara para pregun-tarle por qué me hacía eso. Me sentía, por otra parte, desconcertado, sabía que Paca era una mujer extraña, de convicciones férreas y hasta estúpidas, pero esto...

Paca aceptó. La invité a almózar a un pequeño restaurante de la Plaza Bolognesi. No quise empezar a preguntarle por su actitud inicial, hacía meses; me parecía muy tarde. Se casaba con un alto funcionario de la banca privada, un hombre que había conocido hacía dos meses y que manifestaba estar loco por ella, qué más podía pedir. A mi algo se me derretía, pensé decirle qué va a ser de mí, déjalo, mañana mismo me caso contigo, he descubierto que te necesito. Pero de pronto me encontré vacío, anonadado. Me había ocurrido eso otras tantas veces sin podérmelo explicar. Todo mi furor contenido, mi desesperación se evaporaban en ese momento y yo concentraba mi pensamiento en un punto de la mesa (quizá un insecto). No le dije nada. Le expresé luego mi satisfacción porque su ilusión de tener niños se iba a hacer estentórea realidad. Ella sonrió maternal.

Cuando Paca salió en encinta yo fui el primero en felicitarla en la oficina. Debo confesar que lo hice para neutralizar a las lenguas odiosas que saben hacer comentarios cuya peligrosidad ignoran.

Más tarde Paca pidió quince días de permiso, luego supimos que estaba en una clínica compartiendo el lecho con un varón de tres kilos quinientos. Esa noticia empezó a enfermarme de nostalgia y soledad. Yo estaba seguro de que Paca me hallaba superior en muchos sentidos a su cincuentón marido y que me seguiría guardando el amor de antes. Con este acontecimiento mis seguridades se vinieron a tierra. El hijo me suplantaría, ella le daría todo su manso amor y no dejaría para mí sino un leve recuerdo. Entonces empecé a odiar a ese niño, a considerarlo un rival enviado por fuerzas adversas a mi felicidad.

Para mi asombro Paca recobró su personalidad. Prodigaba al niño un cariño natural que yo exageraba con mis celos. Nuestra reconciliación efectiva llegó, sin merma de mi agujereada dignidad. Ese día me invitó a tomar el té en su casa. Su marido había agitado como todas las mañanas y las tardes para volver en la noche agotado, con un ligero aliento a whisky y aburridas noticias bursátiles. Yo volvía a ver a Paca como cuando la conocí; había dejado el frívolo peinado y lucía su natural "cola de caballo" que me parecía lo más encantador en ella. Conversamos largamente sobre el pasado y yo sin poderme contener y reblandecido por completo le dije que su recuerdo me deprimía cotidianamente, que me faltaba a cada instante, que la adoraba, que mi vida era algo simplemente gratuito. Paca se turbó toda ella como una colegiala sorprendida en amores por su padre... Recobrada y solemne me dijo luego:

—Alberto, tengo que confesarte algo. No puedo vivir tranquila con este secreto; —hizo una pausa para tomar aire o suspirar, no lo sé— yo esperaba un hijo de ti, siempre lo busqué contra tu voluntad, pero tú nunca me lo diste. Creo que eres estéril.

Aquello me pareció todo junto a la vez: un acto piadoso, una ofensa terrible, una sucia venganza, un disparate, una advertencia familiar. Acto seguido ella prosiguió:

Debes ir a un médico. No lo tomes a mal, tú sabes que es a ti a quien quiero.

Concluyó y me besó en la boca.

Yo me recobré de ese golpe al día siguiente, después de haberme martillado la cabeza tratando de demostrarme que había entendido el significado de estéril. El médico comprobó las sospechas de Paca y yo salí de su consultorio sin pesar.

Sigo viendo a Paca en su casa, a escondidas de su deficitario marido. Salimos a mi departamento para hacernos el amor. Sin embargo, algo ha cambiado en mi relación con Paca, una conciencia que antes permanecía subterránea ha salido a flote: creo que amo a Paca y que en ella se conjugan, certeramente, la esposa y la madre.

Ediciones de la Clepsidra

1. Jorge E. Eielson / *Reinos* (Agotado)
2. Manuel González Prada / *Poemas desconocidos*
3. Ezra Pound / *Hugh Selwyn Mauberley* (Bilingüe)
4. Américo Ferrari / *Las metamorfosis de la evidencia*
5. J. Edgardo R. Martínez / *El visitante*
6. André Breton / *El aire del agua*

Edición especial:

Ricardo Silva-Santisteban / *Terra incógnita*.

Las Ediciones de la Clepsidra se venden únicamente en la Librería Mejía Baca (Azángaro 722, Lima), Librería del Virrey S. A. (Miguel Dasso 141, San Isidro) y Fondo de Cultura Internacional S. A. (Pasaje Los Pinos 160, Miraflores).

Al ingenio evocativo y tono sentencioso de *El avaro y otros textos* se suma en *En sol de Lima 1* un pulcro dejó borgiano, para gratificar con lucidez los imponderables que destilan vida de una obra y obra de una vida.

Al emplear a Garcilaso, al Lunarejo y a Don Pedro de Peralta y Barnuevo para verificar la comunión de una obra con su época, Loayza expresa una preocupación por la condición del escritor peruano dentro del marco histórico de la colonia.

"Aproximaciones a Garcilaso" muestra como la obra del Inca es producto y reivindicación de su mestizaje. Marginado en España, la tierra del padre, asume Garcilaso su condición de indio perteneciente a un pueblo conquistado: "fue un indio y lo repitió cien veces en sus libros, orgullosamente se llamó el Inca" (p. 24). Cautivo por voluntad propia en la cultura española, cultiva a través de la escritura una oculta libertad interior que moldea el destierro. En estas condiciones "recobrará su infancia en la creación, inventará el gran mito de los Incas, la versión heroica, justa y feliz del Imperio, afirmará que, a pesar de su derrota, el Perú fue también una civilización." (p.25).

Con la misma sagacidad Loayza hace ver como la postergación provinciana motiva la obra literaria del Lunarejo un siglo después. De allí que el propósito del *Apologético*, su obra de mayor repercusión, haya sido rebasar esa condición y aspirar a un cosmopolitanismo: "Góngora no necesitaba defensores en el Perú; en el *Apologético* el Lunarejo se defendía a sí mismo. En verdad lo que consiguió —el cargo eclesiástico de una diócesis provinciana, la fama local de predicador y hombre de letras, con tenue resonancia en España— no fue

durante la colonia un caso común entre gente de su raza." (p. 62).

Y en "Ceremonia en otoño" Loayza sitúa el pomposo discurso de Don Pedro de Peralta y Barnuevo en honor del duque de Parma en su ambiente —"...Lima era ciudad polvorienta y aburrida, poseída ya por una de sus mayores pasiones: la frivolidad." (p. 67)— para explicar por qué "en la literatura colonial peruana la primera mitad del siglo XVIII es uno de los momentos más hinchados y vacíos." (p. 73).

Loayza matiza su preocupación socio-literaria con anécdotas y detalles que singularizan la figura del escritor tratado y le confieren una originalidad y profundidad especulativa al ensayo. Al señalar que el Lunarejo traduce a Virgilio al quechua piensa en el intento significativo por "integrar el quechua a la tradición de la cultura occidental." (p. 56) que constituye el acceso a los clásicos desde un marco provincial. Al hablar de la coquetería que tiene Garcilaso para presentarse "como hombre de acción y no como un intelectual." (p. 13) señala no sólo las argucias personales del Inca sino su condición de hijo de la conquista. De allí también la implícita ambigüedad cuando justifica ésta: "Garcilaso justifica la conquista porque con ella se ganó el Perú para la religión cristiana, tesis oficial que estaba prácticamente obligado a defender, si bien no hay por qué dudar de su sinceridad." (p. 22). Loayza enfoca la situación en forma precisa y con amplitud de criterio. Con similar sutileza intuye ciertos aspectos de la obra: "Creo que lo fantástico de *La Florida* viene, no de la imaginación de Garcilaso, sino de la frágil memoria de Silvestre su fuente que adornaba el pasado." (p. 34) y señala sus deficiencias: "esos guerreros americanos que hablan con estilo sutil y complicado y con exquisita cortesía son increíbles desde que

(1) Luis Loayza. *El sol de Lima*. Mosca Azul Editores, Lima, 1974. 231 págs.

abren la boca. Luego caemos en la cuenta de que hay algo más grave, que Garcilaso no se ha limitado a mejorarles la gramática. Los indios son en realidad españoles disfrazados; no sólo su estilo sino todas sus ideas son europeas." (p. 40).

El enfoque original llega a extremos de establecer una vívida comparación crítica entre Garcilaso y Palma en torno a un tema común, "Dos versiones de una venganza": "En los capítulos XVII y XVIII del libro sexto de su *Historia General* el Inca Garcilaso cuenta una historia recogida por Ricardo Palma en dos de sus *Tradiciones peruanas*. Las versiones no siempre coinciden." (p. 83). Seguidamente Loayza no sólo demuestra la superioridad de Garcilaso sino que explica como los tres siglos que median entre ambas versiones confiere al protagonista de Palma, con su carga histórica, una mentalidad distinta, antecedente de la viveza: "Agüero, ese lejano conquistador, es ya uno de sus personajes "criollos", astutos y sin grandeza: nada más que un bromista pesado, un burlón." (p. 88).

El criollismo, "expresión deformada por el colonialismo y el subdesarrollo" (p. 112) de un *demos* limeño, encuentra su mejor celebración en las *Tradiciones*. Estas, a pesar de su "carácter democrático e igualitario" (p. 110), no dejan de preservar lo que Sebastián Salazar Bondy llama el mito de la Arcadia colonial en *Lima la horrible*, ensoñación colectiva pero falaz con la que se identifica el meloso espíritu limeño asegurando con ello su popularidad. Si Palma somete su obra al conformismo de su época y asegura con ello su popularidad, Valdelomar, quien gustaba del escándalo y buscaba a la vez ser reconocido, va más allá y se convierte a los patrones de su tiempo: la *belle époque*. Para justificar a Valdelomar, Loayza explica antes la época: "Está bien llamar a esos años con el término un poco absurdo y burlón de *belle époque*, como lo ha hecho Luis Alberto Sánchez en su excelente biografía de Valdelomar, porque en ellos hay mucho de afrancesamiento, de fervorosa

imitación de modelos europeos en medio de una prosperidad sin duda ficticia (el fenómeno es menos peruano que limeño, y aún de cierta clase social) aunque también es innegable que fueron años de felicidad fina y burguesa." (p. 150). Época en la que dispuso su genio Valdelomar y ocultó bajo una fachada amenazante esa otra faceta que "El joven Valdelomar" nos descubre: "A pesar de sus aires decadentes, de sus vicios proclamados, de sus frases irónicas, Valdelomar era un hombre bueno que nunca hizo daño a nadie y que, en suma, tenía esa cualidad preciosa que en Lima es mejor ocultar: la inocencia." (p. 152). Inocencia íntima que extrae de su experiencia personal y que rescatan sus mejores páginas.

Comparado con Valdelomar, Martín Adán se muestra fiel a su obra hasta el aislamiento. La soledad del creador constituye uno de los motivos principales de "Martín Adán en su casa de cartón". El ensayo muestra como fina, elegante, sugestiva y personal, aflora en *La casa de cartón* una imagen singular de Lima, vista desde Barranco, extraña al costumbrismo pero no menos válida: Lima de malecones, neblina y aburrimiento, en la que se reflejan las contradicciones del autor: "Martín Adán se aburre en Barranco, objeto de su amor y su ironía, pero se queda en él, deseando viajar. Al retratarse, Martín Adán ha fijado a nuestro adolescente, personaje marginal de la sociedad peruana, que depende de ella pero también la sufre y le es adverso". (p. 134). Por ello la insatisfacción como elección se convierte en reto vivificador del creador. A través del ensayo de Loayza el aislamiento de Martín Adán, aun en su sensibilidad olfativa, constituye un admirable periplo de intransigencia en la literatura peruana.

En cambio Sebastián Salazar Bondy asume "en forma ejemplar su responsabilidad de escritor" (p. 175) exponiendo sus múltiples facetas creativas en un medio que lo consumió. El ensayo de Loayza sobre su poesía explica una búsqueda de autenticidad interior, "de hallarse a sí mismo en

la creación poética". (p. 177). Barnabooth, poeta peruano y apócrifo, doble sudamericano de Valéry Larbaud, le sirve a Loayza para hacer un comentario sobre nuestra cultura. En "Homenaje a Barnabuz" la erudición preciosista y la vivacidad recreadora del autor de *Una piel de serpiente*, que desmadejan la razón de ser del supuesto poeta —llegando a contemplar hasta la oportunidad de "...apreciar y amar Europa en conjunto, desde fuera, con la vivacidad de placer propia de un recién llegado". (p. 123)— y explican la apócrifa transición de su obra, constituyen la antesala a un cuestionamiento más pertinente: Barnabooth encarna a un arquetipo cultural, vive de "la miseria atroz que enviaba rentas puntualmente a unos cuantos millonarios en Europa". (pp. 123-4). Relación de remordimiento por la injusticia social que lo favorece y de rencor por los límites que tiene este favoritismo. De allí que Barnabooth diga:

... "Los coloniales, nosotros los coloniales". (Pues la fórmula "nosotros los americanos", más vale confesarlo de una vez, no significa gran cosa). Soy una colonial. Europa no me acepta; en ella no seré nunca sino un turista. Y este es el secreto de mis cóleras."

Después de enunciar este duro dilema de nuestra cultura, Loayza puede ya hasta suponer un plácido final a la existencia apócrifa del bardo. Y lo hace: "...nos gusta imaginar que llegó al Perú como esperaba, que conversó sobre poesía con José María Eguren, que podía estar vivo ahora. Tendría casi noventa años". (p. 125).

Con similar originalidad Loayza se sirve de dos personajes peruanos que aparecen en dos novelas francesas para evaluar las tendencias de un destino nacional. Entre el general que inspira a los revolucionarios en *Rojo y Negro* y el metequé arribista de *En busca del tiempo perdido*, media un desencanto que es el de buena parte de la república. Pérdida de autenticidad y falta de trascendencia que justifican una interpolación criticán-

do un centralismo falseando y caduco en sus valores calcados. De allí el tono lapidario de Loayza: "Los peruanos no hemos forjado todavía ninguna imagen universal de nosotros mismos que reemplace a los grabados antiguos en que llevábamos plumas y hermosos vestidos. Esas imágenes persisten porque son las más originales y mejores que hemos dado al mundo". (p. 79). "Vagamente dos peruanos" asume la responsabilidad y la espera.

A diferencia de otros ensayos, en el análisis de "Los personajes de *La casa verde*", Loayza revela la vitalidad de la novela del compañero y amigo sin profanar la intimidad del autor. El esbozo de los personajes se da con lucidez y concisión: "El personaje que ven los otros es un fantasma; el ser auténtico de don Anselmo está fuera del tiempo, es interior". (p. 198). A veces el afán de precisión de Loayza limita el flujo de ambigüedad y ambivalencia que enriquece la humanidad de los personajes. Así la Chunga, esa "mujer masculinizada, dura y rencorosa, solitaria". (p. 201), ve emerger su personalidad en los escasos momentos en que llega a descomponerse o a sociabilizar con interés y sinceridad. Loayza concluye su ensayo sosteniendo la libertad de elección de los personajes: "son lo que han elegido ser y mantienen su identidad hasta el fin." (p. 204). Ciertamente no están sometidos a un ciego determinismo. Pero esta libertad se ejercita entre límites precarios dentro del medio, sus circunstancias y presiones sociales. De esta manera la responsabilidad de personajes como Bonifacia por su destino se ve notoriamente cautelada. La pertinencia social del ensayo de Loayza radica en rescatar esa incitante iniciativa personal dentro de lo que cabe: "al leer *La casa verde* sentimos en cambio, a pesar de la injusticia de la sociedad que describe y del destino trágico o sórdido de muchos personajes, que el hombre puede mantener su dignidad ante todos los desastres y que, contra todas las razones para el desánimo, subsiste siempre cierta obstinada esperanza, cierta alegría." (p. 203).

Los demás artículos, más concretos en su extensión e intención no dejan de tener un interés particular. "Chocano y Luis Alberto Sánchez" discute las razones que motivan una biografía. "Vals variable" es una celebración del valsecito criollo y de *El Guardián* en particular. "Regreso a *Las Moradas*" es un tributo a la primera gran revista de Emilio Adolfo Westphalen. "La agonia de Rasu Niti" señala la excelencia de un breve relato de José María Arguedas.

El sol de Lima apunta por extensión hacia ciertas vanas ilusiones de

las que vive la ciudad y aporta con su ironía el título al libro. Tan sólo "Borges, Benarés, tigre" es extraño a las letras peruanas, pero su inclusión se justifica como homenaje al maestro. El libro despierta entusiasmo e interés y se lee con la avidez que puede suscitar la lectura de un relato. Loayza convierte su oficio en un acto de creación en el que la pasión comanda al método.

Crítica, a la vez que historia literaria, *El sol de Lima* se filtra con la brillantez digna de un depurado estilista.

EDITORIAL LOSADA PERUANA S. C. R. L.

Contumazá 1050 — Tlfs.: 28-98-22 — 28-91 60

Representante de la Revista "EL CORREO DE LA UNESCO"

Solicite su suscripción

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

45 Años
2.500 Títulos
Economía
Política y Derecho
Historia

Arte
Filosofía
Ciencias Sociales
Psicoanálisis

Brevarios y Colección Popular

Distribuye: FONDO DE CULTURA INTERNACIONAL S. A.
Psje. Los Pinos 160 — Miraflores — Tlf. 47 28-48

instituto nacional de cultura
EDITORIAL

LIBROS

Mañana fuimos felices	Jose B. Adolph
Del arte en el Perú	José Sabogal
Teatro	Julio Ramón Ribeyro
Pensamiento político de González Prada	Bruno Podestá
Bibliografía de Martín Adán	Hubert P. Waller
Podestál para nadie	César Calvo

DE PROXIMA APARICION

La partida inconclusa	Alberto Escobar
La púrpura de la rosa	Tomás de Torrejón y Velasco
Obra poética 2da. Ed.	Martín Adán

PUBLICACIONES PERIODICAS

- Textual No. 10
Revista No. 3 del Archivo General de la Nación
Catálogo No. 3 del Archivo General de la Nación
Historia y Cultura No. 8 Revista del Museo Nacional de Historia

DE PROXIMA APARICION

- Revista del Museo Nacional de la Cultura Peruana No. 41
Gaceta Bibliotecaria del Perú No. 22 - 23
Boletín de la Biblioteca Nacional No. 67 - 68
Anuario de la Biblioteca Nacional Años 66 - 68
Textual No. 11 (abril, 1976. Número dedicado al quechua)

Distribución y venta: **IN C, Ancash 390, Lima - Perú**



**EN LA PRACTICA,
EL DESARROLLO
DE LA CULTURA
YA ES OTRO DE
NUESTROS OBJETIVOS**

PETROLEOS DEL PERU



Símbolo de Personalidad

- 
SALA DE ARTE Y GALERIA DE EXPOSICIONES: muestras de pintura, escultura y artesanía.
- 
AUDITORIO: Charlas, conferencias, seminarios, presentaciones de solistas y agrupaciones musicales.
- 
Permanente actividad del CORO PETROPERU en diversos escenarios.
- 
Intensa promoción del folklore, música y teatro entre el Personal de la Empresa.

textos y autores

De J. EDGARDO R. MARTINEZ apareció el relato *El visitante en Ediciones de la Clepsidra* (1974). Actualmente tiene en preparación una novela y un libro de narraciones.

La selección de *Poesía Italiana* ha sido traducida por Ricardo Silva-Santisteban.

La *Obra poética* de JUAN GONZALO ROSE ha sido publicada en las ediciones del Instituto Nacional de Cultura. El poema que ofrecemos pertenece al libro *Romances de cara al cielo* que aparecerá bajo el sello de Arte/Reda.

Las *Cartas de amor* de CESAR MORO (1903-1956) fueron escritas en México por el tiempo de la composición de *La tortuga ecuestre* y serán recogidas en la edición de *Obras Completas* del poeta que publicará el Instituto Nacional de Cultura. Los originales han sido gentilmente proporcionados por André Coyné.

PEDRO LASTRA, actualmente en la State University of de New York at Stony Brook, publicó la segunda edición aumentada de *Y éramos inmortales* (1974) en la *Editorial Universitaria* de Chile.

Los poemas de SAFO han sido traducidos del griego por Ana María Gazzolo.

La traducción de la *CanCIÓN* de FRANCESCO PETRARCA se debe a Javier Sologuren.

Lugares donde el espacio cicatriza, Joaquín Mortiz, 1975, es el último libro de MARCO ANTONIO MONTES DE OCA.

El joven poeta mexicano FRANCISCO CERVANTES publicó en 1972 el libro *Los varones señalados. La materia del tributo*.

Los poemas de John Berryman han sido traducidos por Antonio Cisneros.

Actualmente en Italia, siguiendo estudios de Literatura, éstos son los primeros poemas que publica ANA MARIA GAZZOLO.

CARLOS ORELLANA nació en 1950, en 1973 ganó el Primer premio en cuento de los Juegos Florales de la Universidad Católica del Perú. *Pobre Paca* pertenece a libro *La mar que es el morir*.

ALEX ZISMAN, quien sigue estudios en la Universidad de Cambridge, prepara actualmente su tesis doctoral sobre la relación entre la técnica y la realidad en la obra de Mario Vargas Llosa.

Creación & Crítica

Ediciones de La Rama Florida

Directores: Javier Sologuren
Armando Rojas
Ricardo Silva-Santisteban

Correspondencia, suscripción y canjes: Alfonso Ugarte No. 248,
Lima 32. Teléfono 61-4553.
